

zando con temeridad extremada, bien podían batirle. En efecto, el día 24, de mañana, antes que el archiduque Carlos hubiese definitivamente verificado su movimiento de retirada hacia Bohemia, y mientras el mariscal Bessieres penetraba por el otro lado del Isar, teniendo la caballería ligera de Marulaz al frente de su columna, los bávaros de Wrede en el centro y la infantería de Molitor á retaguardia, los dos generales austriacos volvieron á avanzar con intento de repeler la vanguardia de los franceses á los pantanos del Roth, cerca de Neumarkt. Presentáronse en tres columnas, y se encontraron primeramente con la caballería de Marulaz, que sin embargo de cargar sobre ellos repetidas veces con gran ardimiento, no podía aspirar á ventaja alguna contra una masa de treinta mil hombres que marchaba resueltamente. Repelida la caballería de Marulaz, tocó su vez al general Wrede, y con seis ó siete mil infantes resistió á más de treinta mil. No eran por cierto indignos los bávaros de medirse con los austriacos, aunque inferiores á ellos en número, y grande era su ánimo en aquella guerra; pero érales imposible resistir á la masa que les caía encima por el frente y por los flancos. Su única retirada por aquella comarca húmeda y arbolada que se extiende á lo largo del riachuelo que lleva el nombre de Roth, era un puente de caballetes, movedido y mal seguro, incapaz de dar paso á las numerosas masas que precipitadamente le atravesaban. Asentaba detrás la ciudad de Neumarkt, donde se hallaba Bessieres comiendo, mientras su vanguardia repelida sobre su centro estaba en peligro de ser arrollada; por fortuna el general Molitor, oficial de infantería formado en la escuela del Rin y el primero entre todos los tenientes generales de aquel tiempo, llegaba entonces al frente de su división. Había adivinado el riesgo y se lo había manifestado al mariscal Bessieres, el cual, comprendiendo ser aquel un combate de infantería, tuvo la prudente modestia de dejarle obrar por sí. Pasó el general Molitor al instante el puente del Roth con sus cuatro regimientos, y divisando sobre la izquierda una altura arbolada desde donde se podía proteger la retirada, se apresuró á ocuparla con el 2.º de línea, precipitando por su vertiente á la fuerza austriaca que la defendía. Formó después á la derecha los regimientos 16 y 37 en una posición ventajosa para servirse de sus fuegos. A la sazón la caballería ligera repelida volvía á pasar el Roth con alguna pérdida, y el general bávaro Wrede había venido á las manos con el enemigo, obstinado en destruirle uno de sus batallones. Pero la actitud de la división de Molitor vino á calmar de repente el ardor de los austriacos. Viéronse éstos detenidos por las impetuosas y certeras descargas del 16 y del 37 de línea y por la posición que ocupaba el 2.º, y mal de su grado tuvieron que consentir que los bávaros repasasen pacíficamente el Roth. Desfilaron después los regimientos 16 y 37 protegidos por el 2.º, que tuvo con los austriacos un formidable encuentro. Tan obstinado y ciego en la lucha estaba este regimiento, que al general Molitor le costó mucho trabajo hacerle retroceder. Antes de volver á pasar el puente dió varias cargas á la bayoneta, y de este modo obligó al enemigo á que le dejase verificar su retirada, lo que ejecutó el último con una serenidad que admiraron los mismos austriacos.

Esta acción costó varios centenares de hombres á los

bávaros y algunos jinetes al general Marulaz. Pudo haber sido enojosa para toda la vanguardia á no mediar la previsión de Napoleón, que proporcionó al mariscal Bessieres el apoyo del general Molitor. Sin embargo, aunque detenidos á la orilla del Roth, el general Hiller y el archiduque Luis no habrían renunciado á su movimiento ofensivo á no haber sabido aquella noche cuán grandes eran los desastres sufridos por el generalísimo y su retirada á Bohemia, y á no haber reconocido la necesidad de retirarse ellos también por su parte, puesto que Napoleón iba indefectiblemente á caer sobre ellos al punto con fuerzas incontrastables. Resolvieron, pues, replegarse al Inn, y de allí al Traun, que esperaban poder defender mejor todavía teniendo más tiempo para establecerse y siendo muy probable encontrarse en aquel punto con alguno de los archiduques Carlos ó Juan.

Llegó entretanto Napoleón seguido de su guardia y los coraceros, precedido por Lannes con las tropas de los generales Saint-Hilaire, Demont y Oudinot. Envió adelante al mariscal Bessieres, y comunicó á la persecución todo el ímpetu de un torrente desbordado. Todas las tropas de derecha á izquierda avanzaron al Inn, marchando los bávaros por Munich y Wasseburgo sobre Salzburgo, el mariscal Lannes por Muhlendorf sobre Burghausen y el mariscal Bessieres por Neumarkt sobre Braunau. Apoyando este movimiento en la dirección del Danubio, el mariscal Massena penetró en Passau, de donde desalojó á los austriacos, los cuales habían descuidado lo mismo que los bávaros el fortificarlo.

En los días 28 y 29 de abril, á los diez de haber comenzado las hostilidades, ya teníamos ocupada la línea del Inn en todos sus puntos, y estábamos restableciendo en cada camino los puentes que los austriacos habían cortado hasta rasar con el agua siempre que habían podido hacerlo. Entrado que hubo Napoleón en Burghausen el 28, tuvo que esperar dos días á que se restableciese el puente, que había sido completamente quemado y que era de capital importancia. Llegó entretanto á sus manos la carta pacífica del archiduque Carlos, y la envió á Mr. de Champigny, que iba siguiendo al cuartel general, con orden de no contestar á ella. Lleno de confianza en el buen éxito de la campaña, y sin prever las dificultades que más adelante podrían oponérsele, creía ya tener en su mano los destinos de la casa de Austria, y no quería dejarse detener en sus ambiciosos proyectos por un impulso de irreflexiva generosidad. Mandó, pues, que no se diese la menor señal de haberla recibido, al menos por entonces, y se reservó contestar al archiduque más tarde según lo exigiesen las circunstancias.

Habiendo entrado el mariscal Massena en Passau, y siguiéndole de cerca el mariscal Davout, mientras el ejército entero se hallaba sobre el Inn desde Braunau á Salzburgo, había que avanzar al Traun sin demora. Esta era la línea que más importaba conquistar, porque correspondía con el desembocadero de Lintz, por donde el archiduque Carlos podía reunirse con el general Hiller y con el archiduque Luis. Tomada esta línea antes que el generalísimo austriaco llegase á ella, todavía le quedaba á éste otra vía, aunque única, para incorporarse con los suyos antes de llegar á Viena, ganando con tiempo el puente de Krems y situándose en Saint-Polten para proteger la capital. Resolvió Napoleón quitarle en

seguida la primera avanzando sobre Lintz con todo ímpetu, y hallándose ya con todos sus cuerpos en el Inn y con los puentes restablecidos el día 30 de abril, dispuso el movimiento general para el 1.º de mayo. Mandó á Massena adelantar rápidamente desde Passau á Efferding y desde allí á Lintz, apoderarse de esta ciudad y después del puente del Danubio, si no estaba destruído, y, una vez tomada Lintz, avanzar directamente al Traun que corre dos leguas más abajo. El Traun, que es para los austriacos una de las líneas de defensa más importantes tratándose de detener á un ejército que avance sobre Viena, baja de los Alpes Nóricos como el Ens, y desagua en el Danubio, poco más abajo de Lintz. Va este río lamiendo la falda de una colina que se extiende hasta el Danubio, y en la cual puede un ejército apostarse ventajosamente para contrastar los progresos de una invasión. Por esta razón el puente del Danubio que servía de comunicación militar entre Bohemia y el Austria superior, no estaba precisamente colocado en Lintz, sino en Mauthausen, por bajo de la confluencia del Traun con el Danubio. Protegíale de este modo el Traun y la colina de que acabamos de hablar, en cuya cima se divisaban la ciudad y el castillo de Ebersberg.

Recibió, pues, Massena el 1.º de mayo orden de adelantar impetuosamente de Passau á Lintz y de Lintz á Ebersberg; pero como la dificultad podía ser grande si los treinta y seis mil hombres que les quedaban á los generales austriacos llegaban á apostarse en Ebersberg, quería Napoleón ganar el Traun por diversos puntos á la vez, en Ebersberg, en Wels y en Lambach, y así dirigió todas sus columnas desde el Inn al Traun para llegar á este río en la madrugada del 3 de mayo. El general Wrede, después de atravesar con su división por Salzburgo y de substituirle allí el resto de los bávaros, debía encaminarse por Straswalchen sobre Lambach, orillas del Traun. El mariscal Lannes, con las tropas de los generales Oudinot, Saint-Hilaire y Demont, debía trasladarse á Wels para pasar allí el Traun inmediatamente por debajo de Ebersberg. Por último, el mariscal Bessieres con la guardia, los coraceros y la caballería ligera, debía, ó pasar á Wels, ó dejarse caer sobre Ebersberg, caso de oírse por este lado un cañoneo que indicase formal y peligrosa resistencia. Mandóse al mayor general Berthier que comunicase á Massena, y así en efecto lo hizo, que si los obstáculos que por su parte hallaba eran demasiado graves, podría ayudarle á removerlos el paso del Traun verificado por más arriba, ya en Wels, ya en Lambach. Encargósele especialmente, sin embargo, lo mismo que en las órdenes precedentes, que no omitiese nada para tomar prontamente, no sólo la ciudad de Lintz y el puente que sobre el Danubio tenía, sino también el puente de Mauthausen, situado, como hemos dicho, en la confluencia del Traun bajo los fuegos del castillo de Ebersberg (1).

Avanzaron nuestras columnas en el orden indicado. El día 1.º de mayo estaban todas al otro lado del Inn, después de haber restablecido los puentes, dirigiéndose

(1) Esto arroja de sí el fiel análisis de las cartas de Napoleón y del príncipe Berthier al mariscal Massena, necesario para poder apreciar hasta qué punto era motivada la acción de Ebersberg, que fué una de las más sangrientas de nuestras largas campañas, y que dando realce á la prodigiosa energía de Massena se le echó, no obstante, en cara como una inútil efusión de sangre. (N del A.)

Massena de Passau á Efferding, Lannes y Bessieres de Burghausen y Braunau á Ried. Recogieron éstos en su tránsito considerable número de carros y cerca de dos ó tres mil prisioneros. Massena, que iba marchando con el ala izquierda en el Danubio, tropezaba en todas partes con la retaguardia de los cuerpos de Hiller y del archiduque Luis, y pudo divisar al otro lado del río las tropas del archiduque Carlos que por los desfiladeros de Bohemia se dirigían á ocupar ó destruir el puente de Lintz. A cada paso, pues, se convencía más de la necesidad de anticiparse al generalísimo en Lintz ó en Ebersberg, no tanto para conquistar estos puntos de pasaje, como para quitárselos al enemigo y para impedir que se verificase detrás del Traun la reunión de todas las fuerzas de la monarquía austriaca.

En la tarde del 2 de mayo tuvo Massena un ligero tiroteo antes de llegar á Efferding con la retaguardia del general Hiller; cogió algunos prisioneros, y se dispuso á marchar al otro día sobre Lintz. El día 3 de madrugada salió, en efecto, precediéndole la caballería ligera de Marulaz y siguiéndole la división de Claparede del cuerpo de Oudinot. Presentóse á la vista de Lintz al rayar el día: entrar, arrollar á las avanzadas que precipitadamente se retiraban y tomar la ciudad, fué todo uno. Los destacamentos de Klenau y de Stutterheim, despachados por el archiduque Carlos para ocupar el paso, no habían podido hacer más que destruir el puente de Lintz y conducir sus barcos á la orilla izquierda. Enseñoreado, pues, Massena de la ciudad de Lintz, sabía con certeza que aquel puente del Danubio no había de servir ya á la reunión de los archiduques. Pero el puente verdaderamente útil para este objeto era el de Mauthausen, situado dos leguas más abajo, y protegido, como dejamos dicho, por el Traun. No apoderándose de éste, era muy posible que el archiduque Carlos fuese por él á incorporarse con el general Hiller y con el archiduque Luis, y en efecto, no se sabía si los destacamentos que al otro lado del Danubio se divisaban eran las vanguardias del grande ejército austriaco, ó meros destacamentos sin apoyo. Eran las diez de la mañana: sin vacilar un instante, atravesó Massena por Lintz á la carrera, y se dirigió al Traun, es decir, al pueblo de Ebersberg. La posición aparecía desde luego importante y formidable.

Teníamos delante el Traun, que corría de derecha á izquierda para desaguar por entre isletas arboladas en el inmenso álveo del Danubio. Sobre este río divisábase un puente de más de doscientas toesas de longitud, á la parte opuesta una mesa escarpada, en la cual asentaba la pequeña ciudad de Ebersberg y más arriba la fortaleza del mismo nombre, erizada de cañones; por último, delante del puente, y en la vertiente de aquella eminencia, había una masa de treinta y seis á cuarenta mil hombres próximamente. Aquel mero aspecto hubiera bastado para desalentar á cualquiera que no fuese Massena y para inspirarle la idea de irse con tiento en su empresa, sobre todo si reflexionaba que á unas cuarenta leguas más arriba de Ebersberg debían aquel mismo día, ó el siguiente á más tardar, verificar su paso varias columnas francesas y envolver la posición. Sin embargo, como esta seguridad no impedía el que antes de la noche tal vez se reuniesen los archiduques por el puente de Mauthausen, si se les abandonaba éste, convenía ante todo

quitarles desde luego el puente, asaltando la ciudad y la fortaleza de Ebersberg. Es evidente, por otra parte, que la resolución de pelear nace más bien del carácter que del discurso; y como Massena se encontraba frente á frente, por la primera vez en aquella campaña, con el enemigo en el cual aún no había podido poner la mano, su único anhelo fué cerrar con él y apoderarse de aquella posición que se tenía por decisiva: así que dió inmediatamente la orden de acometer.

Antes de llegar al puente de Ebersberg teníamos que ahuyentar á los numerosos tiradores austriacos y á las avanzadas de caballería ligera que andaban en torno del pueblo de Klein-Munchen. Acometiélos el general Marulaz y los dispersó á sablazos, tomando los jinetes el puente y emboscándose los tiradores en las huertas y casas de Klein-Munchen. La primera brigada de Claparede, mandada por el intrépido Cohorn, marchaba detrás de la caballería ligera de Marulaz. El general Cohorn, á quien ya en otra ocasión hemos mencionado, descendiente del célebre ingeniero holandés del mismo nombre, poseía en cuerpo endeble y pequeño una de las almas más ardientes y enérgicas que dió jamás el Criador á guerrero alguno: digno intérprete por cierto de la impetuosa voluntad de Massena. No bien llegó al campo, lánzase al frente de los cazadores de su brigada sobre el pueblo de Klein-Munchen, apodérase primeramente de sus huertas y jardines, introdúcese luego en las casas, hace prisioneros ó pasa por las armas á los que las ocupaban, sale al otro lado del pueblo y vuela á la entrada del puente, que, como dejamos dicho, tenía por lo menos doscientas toesas de largo, y estaba lleno de fagina incendiaria y acribillado por el fuego del enemigo. Cualquiera otro se hubiera detenido esperando las órdenes de Massena; pero el denodado Cohorn, con espada en mano, se abalanza el primero al puente, lo atraviesa á la carrera, arroja á cuantos se oponen á su paso, pasando á cuchillo á unos, haciendo prisioneros á otros, y dejando tendidos en el puente á muchos de los suyos, muertos ó moribundos, sigue adelante, y después de cruzar el desfiladero envía sus columnas de ataque á la montaña, que estaba toda cubierta de masas de infantería enemiga. Arrostrando un diluvio de balas, trepa Cohorn con el mismo arrojo por la escarpada vertiente que conduce á Ebersberg, penetra en la ciudad, desemboca en una gran plaza dominada por la fortaleza, y obliga por fin á los austriacos á replegarse á las alturas que había á la espalda. Desgraciadamente conservó el enemigo la fortaleza, y desde ella hacía llover un fuego destructor sobre la pequeña población de que quedábamos dueños.

Durante esta serie de temerarias hazañas, Massena, que se había mantenido al pie de la posición, tomó sus medidas para apoyar á Cohorn, el cual hasta entonces no había tenido que batirse más que con la vanguardia austriaca, pero que iba en breve á verse acometido por todas las masas enemigas. Para hacer frente á la formidable artillería de la montaña, reúne todas las piezas de todos los cuerpos, y las sitúa de la manera que conceptúa más ventajosa: nuestros oficiales de artillería, siempre tan entendidos como intrépidos, procuran compensar las ventajas de la posición con lo certero de las descargas y la buena elección de los puntos, y trábase en seguida un espantoso cañoneo desde una á otra orilla del

Traun. Hecho esto, envía Massena por el largo desfiladero del puente las otras dos brigadas de Claparede, que eran la de Lesuire y la de Ficatier, mandándoles subir á la mesa para socorrer al general Cohorn en Ebersberg, y en seguida despacha numerosos edecanes para apresurar la llegada de las divisiones Legrand, Carra Saint-Cyr, y Boudet, ya indispensables para salir de aquel formidable empeño. Massena estaba dentro del fuego, dando sus órdenes y atendiendo á todo con la mayor serenidad.

Las dos brigadas de Lesuire y Ficatier llegaban muy á tiempo, porque volviendo á avanzar el general Hiller había caído sobre Cohorn con fuerzas considerables, obligándole á guarecerse en Ebersberg, y á desalojar luego la plaza del pueblo. Habían vuelto á tomarla los franceses, arrollando á los austriacos é intentaban apoderarse de la fortaleza, á cuyos muros estaban próximos sin poder penetrar en ellos; pero los austriacos, que conocen la importancia de aquella posición, vuelven á disputarla con fuerzas más numerosas, cosa en verdad fácil para ellos, puesto que eran treinta y seis mil contra siete ú ocho mil: caen en masa sobre el castillo, repelen á los franceses, entran en la ciudad, la atraviesan y desembocan de nuevo en la plaza grande. El valiente Claparede con sus lugartenientes se refugia entonces en las casas que la ceñían por tres costados, hácese fuerte en ellas y desde las ventanas envía al enemigo una lluvia de balas. Hácense aquellos edificios objeto de la más encarnizada pelea bajo los fuegos de la fortaleza, igualmente contrarios á austriacos y franceses, y por último, las bombas entregaban á las llamas aquella desgraciada población, en cuyo calcinado recinto apenas se podía respirar.

Continúa la horrenda carnicería, é igualado ya el valor de unos y otros por la rabia, parece la victoria inclinarse al mayor número. Ya los franceses iban á ser arrojados al Traun en pago de su temeridad, cuando felizmente empezó á asomar la división de Legrand, precedida por su intrépido general. Siempre sereno y altivo en el peligro, llevando impresas en su hermosa y varonil fisonomía sus relevantes cualidades militares, llega éste al frente de dos regimientos veteranos, el 26 de infantería ligera y el 18 de línea; entra en el puente, atestado de muertos y heridos, teniendo que arrojar al Traun multitud de cadáveres y tal vez muchos heridos todavía con vida para poder pasar; atraviésale por fin, y á su salida encuéntrase con un gran pelotón de combatientes arremolinados, que cejan repelidos entre otros muchos que sacaban heridos de la refriega. Quiso un oficial dar una explicación de aquello al general Legrand, pero éste le interrumpió bruscamente diciéndole: «No necesito consejos, si no campo para mi división.» Hácenle lugar, y avanza con uno de sus regimientos á la derecha para envolver á los austriacos que tenían exteriormente rodeada á Ebersberg, y otro al centro, por la carretera principal de la población; y mientras otros batallones suyos, formados en columna de ataque, repelen á los austriacos que circunvalan la ciudad, los otros la atraviesan por medio, logrando salir á la espaciosa plaza, la dejan despejada á bayonetazos y sacan de apuro á Claparede, que estaba ya en el último trance. Empeñóse Legrand en tomar el fuerte y le embistió sufriendo mortíferas descargas: las puertas estaban atrancadas,

hizo que sus zapadores las derribasen á hachazos, penetró en el interior y pasó á cuchillo á cuantos le defendían. Quedó por nosotros desde entonces Ebersberg, que no era ya ciudad, sino un montón de escombros humeantes, del cual se desprendía la insostenible pestilencia de cadáveres consumidos por el fuego. Apresúranse los nuestros á salir de un lugar como aquél, tan espantable de ver como difícil de expugnar, y avanzan hacia los austriacos formados en batalla en una línea de alturas á la espalda: éstos, viendo de lejos que se acercaban por la llanura, entre Lintz y Ebersberg, las largas hileras de las divisiones de Carra Saint-Cyr y de Boudet, y viendo además á su izquierda una masa de caballería francesa que había ya pasado el Traun en Wels, creyeron no deber prolongar por más tiempo aquella rabiosa lucha, y se retiraron abandonándonos la confluencia del Traun y el importante desembocadero de Mauthausen. Pero el puente allí establecido había tenido la misma suerte que el de Lintz: los exploradores del archiduque Carlos lo habían destruido y habían echado sus barcas hacia Krems.

La caballería que se había divisado reducíase á unos mil jinetes que Lannes, después de pasar el Traun en Wels sin dificultad, había destacado bajo el general Durosnel para rodear la posición de los austriacos. Es, pues, seguro que si Massena hubiese podido adivinar que el archiduque Carlos no había de hallarse con su ejército en Mauthausen, y que la posición de Ebersberg había de rendirse tan pronto con pasar el río por más arriba, habría evitado la mucha sangre derramada en aquella terrible acción. Ofrecía el campo una espantosa carnicería, y la ciudad de Ebersberg ardía de tal manera que no había medio de sacar de ella los heridos. Para que el incendio no se propagase al puente había sido menester arrancar el piso de tablones de sus dos extremidades, de modo que quedó por algunas horas interrumpida la comunicación entre las tropas que habían pasado el Traun y las que en su auxilio acudían. Nos costó esta refriega mil setecientos hombres entre muertos, ahogados, quemados y heridos: perdieron los austriacos tres mil que quedaron fuera de combate, cuatro mil prisioneros y además muchas banderas y cañones. Retiráronse aterrados de tan incomparable audacia. Aquella sangrienta jornada nos proporcionaba, pues, grandes compensaciones, y su efecto moral no podía ser inferior al resultado material.

Había acudido Napoleón á galope atraído por la violencia del cañoneo, y aunque avezado como ninguno á los horrores de la guerra, fué tal la repugnancia que á todos sus sentidos causó aquel abominable espectáculo, apenas justificado por la necesidad de pelear, que á no ser por la admiración que el genio bélico de Massena le causaba y por el aprecio que en todos casos tributaba al tesón y á la firmeza, hubiera quizás fulminado palabras de censura contra lo que acababa de suceder. No lo hizo, pero tampoco quiso detenerse en Ebersberg, sino que acampó fuera en medio de su guardia.

El archiduque Carlos, á pesar de su invariable proyecto de reunirse con sus hermanos detrás del Traun por Lintz y Mauthausen, no había marchado con la celeridad necesaria ni calculado bien sus movimientos para llegar á Lintz á tiempo. No había llegado más que á Budweis, cuando Massena ya había pasado de Lintz

y de Ebersberg y quedaba á su alcance el desfiladero de Krems. El general Hiller y el archiduque Luis iban á dirigirse allí por Ens, Amstetten y Saint-Polten, destruyendo como siempre todos los puentes de los ríos que bajan de los Alpes Nóricos al Danubio. El archiduque Juan, por su parte, no era fácil que pudiese llegar á tiempo, ni que se atreviese siquiera á internarse en los Alpes dejando á su izquierda al príncipe Eugenio y exponiéndose á tropezar por su derecha con el grande ejército de Napoleón, lo que para él equivalía á sepultarse en un abismo. No había, pues, que contar con él. Pero no por eso se podía dar la causa de Austria por perdida, porque bastaba para hacer el éxito problemático que el archiduque Carlos operase por Krems en unión con el general Hiller y con el archiduque Luis, los cuales verificaban su retirada siguiendo la dirección del Danubio; porque aun después de haber perdido mucho tiempo en recoger rezagados y dispersos del landwehr y en incorporar los terceros batallones de los regimientos de Galitzia, todavía juntaba el referido archiduque Carlos más de ochenta mil hombres, y podía, reunido con sus dos lugartenientes, que no llevaban menos de treinta mil, ponerse con ciento diez mil combatientes en Saint-Polten. En este caso ya era posible disputar la victoria á Napoleón, y si el Austria la conseguía, en vez de acabar el imperio francés en 1814, habría acabado en 1809.

Lleno de júbilo Napoleón por haber quitado á los archiduques su principal punto de reunión ocupando á Lintz y á Mauthausen, apresuróse á avanzar sobre Krems para quitarles también este último recurso y llegar á Viena antes de que pudiese obstáculo alguno detenerle en su marcha triunfadora.

Al Traun seguía el Ens, que corre paralelamente al primero, bañando en su curso la falda opuesta de la montaña que acabábamos de tomar. Pero todos los puentes del Ens habían sido arrasados, y para restablecerlos se necesitaba emplear por lo menos uno ó dos días: circunstancia enojosa, pero inevitable; de manera que á pesar de hallarse Lannes el día 4 de madrugada en Stéyer, sobre el mismo río, con las divisiones de Demont y Saint-Hilaire, y de estar ocupando Bessieres la ciudad de Ens con la caballería ligera, el cuerpo de Oudinot y una división de Massena, fué forzoso esperar todo el día 15 para reconstruir los puentes, incendiados completamente á nivel del agua. No fué posible pasar el Ens hasta el día 6 de madrugada para avanzar á Amstetten. Bessieres con la caballería y la infantería de Oudinot pasó el primero, siguiéndole Massena, é incorporándose luego Lannes, cuyas tropas continuaron confundidas con las de la columna principal, por no quedarle ya al ejército más que un camino entre la falda de los Alpes y el Danubio. Al anoecer entraron en Amstetten sin disparar un solo tiro. Al día siguiente continuaron su marcha á Molk, posición excelente sobre el Danubio, coronada por la suntuosa abadía del mismo nombre, y allí estableció su cuartel general Napoleón. Sólo faltaba una jornada para llegar á Krems, donde está situado el puente de Mautern, última vía por donde podía el archiduque Carlos reunirse con el general Hiller y el archiduque Luis. Ya parecía seguro el llegar allí sin tropiezo, puesto que no había el menor indicio de que nos estuviere esperando ningún ejército considerable. El día 8 avanzó nuestra vanguardia á Saint-

Polten, posición importante y muy conocida que flanquea al Kahleberg, que es un estribo de los Alpes prolongado hasta el mismo Danubio y detrás del cual asienta Viena. Allí era donde debía haberse verificado la incorporación de todas las fuerzas austriacas si los archiduques hubieran tenido tiempo de reunirse, porque en Saint-Polten es donde están, al amparo de una excelente posición militar, los caminos reunidos de Bohemia, Italia, Austria superior é inferior, y el desemboadero sobre Viena que atraviesa las gargantas del Kahleberg. Pero no se percibían más que retaguardias en retirada, unas á nuestra izquierda replegándose hacia el puente de Krems para guarecerse con el Danubio, otras por delante replegándose por el Kahleberg hacia Viena. Era, pues, evidente que no tendríamos ninguna gran batalla que aventurar antes de llegar á la capital y que tampoco tendríamos que arrostrar ya más dificultades que las de un asalto si Viena se defendía. Podían en verdad estas dificultades sernos muy costosas si el archiduque Carlos seguía bajando el Danubio por la orilla izquierda, llegaba antes que nosotros á la altura de Viena, pasaba el Danubio por el puente del Thabor y nos presentaba batalla con la espalda apoyada en la ciudad. Pero por fortuna no era de temer que así sucediese, según todo lo que había ocurrido.

En efecto, habiendo perdido el archiduque Carlos dos días por lo menos en Cham y otros días más en el camino de Cham á Budweis por el deseo de reunir el ejército y reforzarlo, sólo llegó en la madrugada del 3 de mayo á las cercanías de Budweis, en el momento mismo en que Massena tomaba á Ebersberg. Con la vaga esperanza de que en Lintz se verificase una incorporación, que sin embargo era muy poco probable, había avanzado de Budweis hacia Freystadt cerca del Danubio, en vez de avanzar directamente sobre Krems, con lo cual se hubiera evitado un nuevo rodeo y el perder todavía más tiempo. Aproximándose al Danubio supo la ocupación de Lintz y del Traun, reconoció al punto la imposibilidad de operar su anexión por aquella salida, y volvió á tomar el camino hacia lo interior de Bohemia por Zwoettel, conservando todavía la falsa esperanza de llegar á Krems y á Saint-Polten antes que nosotros. Previendo, sin embargo, la posibilidad de no llegar á su objeto, autorizó á los dos generales que defendían la orilla derecha para que pasasen á la orilla izquierda si se veían en grande aprieto, pero destacando hacia Viena las fuerzas suficientes para poner la capital al abrigo de un golpe de mano.

Así cabalmente acababan de hacerlo el general Hiller y el archiduque Luis no bien llegaron á Saint-Polten. Temiendo verse acometidos por fuerzas superiores antes de llegar á Viena, y sufrir una nueva derrota parecida á la de Ebersberg, repasaron el Danubio lo mismo que en el año 1805 por el puente de Krems, destruyeron el puente, echaron todas las barcas á la orilla izquierda y enviaron solamente por la vía directa de Saint-Polten un destacamento considerable á Viena para tomar parte en su defensa, juntamente con los habitantes y alguna tropa de los depósitos.

Tales fueron las resoluciones de los generales austriacos, resoluciones que hacía patentes el mero aspecto de las cosas, porque, como acabamos de decir, veíanse á la izquierda grandes masas de tropas acabando de pasar

el Danubio con dirección á Krems, y delante las columnas que se internaban en las gargantas del Kahleberg para tomar la vuelta de Viena. Consecuente Napoleón con su plan de llegar á las puertas de Viena antes que los archiduques, y de añadir al efecto moral de su entrada en la capital el material de la ocupación de este gran depósito, tomó todas las disposiciones necesarias para llegar allí inmediatamente, y desde la abadía de Molk, donde estaba situado su cuartel general, dictó las medidas siguientes:

No era la caballería el arma á propósito para la expugnación de Viena, sino que era menester llevar allí infantería. Mandóse al mariscal Lannes que acudiese con la de los generales Oudinot y Demont, poniéndose en marcha el 9 de mayo. Debía seguirle inmediatamente Massena, mientras fuese marchando por la orilla del Danubio el grueso de la caballería para vigilar ambas márgenes, oponerse á cualquier tentativa que para pasar pudiese hacer el enemigo, y defenderse finalmente de la masa de tropas reunida en la opuesta orilla. Desparramóse la caballería ligera entre Mautern, Tulln y Klosterneubourg, siguiendo las sinuosidades del río por la falda del Kahleberg; acantonáronse los coraceros detrás, entre Saint-Polten y Sieghardskirchen; y tomadas estas precauciones á nuestra izquierda, mandóse al general Bruyere á nuestra derecha, que con su caballería ligera y unos mil infantes alemanes subiese por Lilienfeld al camino de Italia á desarmar á los montañeses de la Stiria, y á invigilar los movimientos del archiduque Juan. Siguió Napoleón á Lannes y á Massena con la guardia y parte de los coraceros. El mariscal Davout, que había ya pasado de Passau á Lintz, recibió orden de trasladarse de Lintz á Molk y de aquí á Saint-Polten, á fin de frustrar delante de Krems las tentativas que para abrirse paso pudiera hacer á nuestras espaldas el enemigo, ó marchar sobre Viena, caso de tener que presentar nosotros una gran batalla bajo los muros de esta capital. Sin embargo, como la posesión de Passau y de Lintz era para nosotros casi tan importante como la de Krems, el general Dupás permaneció en Passau esperando la llegada del mariscal Bernadotte, y el general Vandamme con los wurtembergueses quedó encargado de la custodia de Lintz. Cuidó al mismo tiempo Napoleón con la mayor solicitud de que llegasen sus convoyes por el Danubio, proporcionándoles en la orilla que teníamos por nuestra numerosos puntos de descanso para abrigarse y tomar lenguas. Estos convoyes, formados de barcas cogidas en el Danubio y sus afluentes, conducían galletas, municiones y toda la gente cansada. Además de los puntos de Passau y Lintz, ya militarmente ocupados, mandó Napoleón establecer apostaderos fortificados en Ips, Waldsée, Molk y Mautern, en los cuales debían sus convoyes volver á tomar la ruta de tierra por Saint-Polten, por ser la más corta y la única segura en atención á que más allá ya corría el Danubio más cerca de los austriacos que de los franceses. Juzgando finalmente que para defenderse en regla no bastaba quitar al enemigo el paso del Danubio, sino que era indispensable para guarecer sus espaldas tener expedito el uso de este río, á fin de inspirar á los austriacos los mismos recelos que á nosotros nos inquietaban y obligarlos de este modo á diseminar sus fuerzas, mandó establecer Napoleón dos puentes de barcas, uno

en Lintz y otro en Krems, con los materiales que pudiesen proporcionarse.

Después de proveer á esto, habiendo Napoleón llegado el día 8 á Saint-Polten, hizo emprender el 9 la marcha sobre Viena por Sieghardskirchen y Schoenbrunn. Iban delante Lannes y Bessieres formando la primera línea, Massena detrás formando la segunda, y por último la guardia y los coraceros formando la tercera. A éstos seguía el mariscal Davout dejando á su espalda los apostaderos que dejamos señalados, á la izquierda sobre el Danubio y á la derecha sobre los caminos de Italia.

El 9 por la noche durmió el general Oudinot en Sieghardskirchen: el 10 de mayo de madrugada la brigada de Conroux, del cuerpo de Oudinot, desembarcó por el camino de Schoenbrunn al arrabal de María-Hilf, al mes justo de haberse roto las hostilidades. Esta marcha ofensiva, tan rápida y tan bien conducida, era digna de la que en 1805 había presenciado el mismo país y de la que en 1806 había visto la Prusia, atravesada de parte á parte, y seguramente no había en la historia otra que pudiera compararsele. Eran las diez del día: acudió Napoleón á caballo á dirigir en persona las operaciones contra la capital de Austria, que quería expugnar inmediatamente, aunque sin destruirla. Muchas eran las razones para preferir, lo mismo que en Madrid, que se le abriesen las puertas sin tenerlas que forzar con hierro y fuego.

Habiendo el archiduque Carlos perdido el tiempo en rodeos inútiles, le cogió el día 10 demasiado lejos de Viena para poderle prestar auxilio; sin embargo, la capital podía defenderse. Ya dejamos atrás descritas su forma y sus fortificaciones: nos limitaremos ahora á recordarlas ligeramente. Reviste el centro de Viena, esto es, la ciudad antigua, una hermosa fortificación de planta regular, que fué la que en 1683 sirvió de defensa contra los turcos. De entonces acá, el aumento continuo de la población fué motivo de que se fueran formando varios suntuosos arrabales, cada uno de los cuales es tan grande como la misma capital. También estos arrabales están defendidos con un muro y su terraplén, de poco relieve y formando recodos, desprovisto de obras avanzadas, pero capaz de resistir muchos días. Por último, tenía Viena á su disposición un elemento que había considerado siempre Napoleón como el medio más poderoso de defensa, que era la madera, que procedía de los Alpes y abundantemente introducía en la ciudad el caudaloso Danubio. Por consiguiente, los habitantes podían fortalecerse, y con el coraje que á la sazón animaba á todos contra el yugo extranjero, encontrar fácilmente brazos para todo. Había en el arsenal quinientas bocas de fuego; la Hungría podía muy bien llevar cuantiosos víveres, y merced á este conjunto de medios, podía prolongarse la resistencia lo necesario para dar tiempo á los archiduques de llegar antes de la rendición. Parece, pues, inconcebible que no tratasen los austriacos de defender á Viena, amenazándoles un conquistador de capitales tan formidable como Napoleón.

Mucho se ha hablado de los yerros cometidos por el archiduque Carlos en esta campaña, pero es seguramente el más grave de todos el no haber atendido á la defensa de Viena. El general Hiller y el archiduque Luis hubieran bastado para hacerla inexpugnable con sólo encerrarse en su recinto, defendidos por las numerosas

obras que se podían haber reparado ó hecho de nuevo. Reunidos después bajo sus muros los ejércitos de Italia y Bohemia, hubiera sido muy difícil batirlos. Ganar en campo raso una gran batalla á Napoleón era sin duda pretensión temeraria, sobre todo si para llegar á esta acción decisiva se requerían sabias y atrevidas maniobras. Pero aceptar al frente de todas las fuerzas de la monarquía austriaca y apoyando la espalda en los muros de la capital una batalla defensiva, era ponerle á Napoleón en la única prueba que podía dar en tierra con su omnipotente fortuna.

En vez de hacerlo así, ya fuese por imprevisión, ya por repugnancia á recurrir á semejantes precauciones, ó ya por temor de convertir la capital en un campo de batalla, no se tomó en Viena disposición alguna para la resistencia. Nadie trató de defender los arrabales sacando partido de la muralla terraplenada que los circueja, y habiase creído bastante artillar con sus cañones la antigua plaza fuerte, que no podía hacer uso de ellos sino contra los mismos arrabales. Los únicos defensores que se allegaron fueron unos cuantos descamisados, á quienes se dieron fusiles y con los cuales sólo recibió la guarnición un incremento de dos ó tres mil furiosos. Mandada ésta por el archiduque Maximiliano, componiase de unos cuantos batallones del landwehr, alguna gente de los depósitos y un destacamento del cuerpo de Hiller: entre todos unos once ó doce mil hombres. El joven que capitaneaba esta guarnición, fogoso, pero inexperto, no se había penetrado bien de las dificultades de la importante custodia que se le había encomendado, y todo su patriotismo se evaporaba en proclamas tan violentas como estériles.

No bien se presentaron la caballería de Colbert y la infantería del general Conroux (división Tharreau) en la puerta del arrabal de María-Hilf, que estaba cerrada con verja de hierro, cuando estalló una especie de tumulto popular en todas las calles circunvecinas. Habían engañado á aquellos pobladores diciéndoles que los franceses habían sido batidos, que el archiduque Carlos era vencedor y que el hallarse éste todavía en Bohemia consistía en ciertas maniobras sabias y esenciales; que aunque Napoleón pudiese destacar una división sobre Viena amagando á la capital del imperio, pronto se vería anonadada al regreso del archiduque victorioso; y que por lo tanto era menester resistir toda tentativa de esa especie, en caso de que se hiciese, por cuanto no podía menos de ser una mera insolencia y temeridad del enemigo. Dióse, pues, el populacho á correr por las calles con furiosa gritería, más ominoso aún á los habitantes pacíficos que á los franceses: cerráronse inmediatamente las tiendas y portales; fué asaltado y herido un parlamentario enviado al estado mayor de la plaza, quitáronle el caballo y se sirvieron de él para pasear en triunfo á un mozo de una carnicería, que era el que había cometido aquella violación del derecho de gentes. Entretanto la columna del general Tharreau estaba detenida á la entrada del arrabal esperando le abriesen las puertas. Pero el capitán francés Roidot escala de repente la verja, y con sable en mano obliga al que la custodiaba á entregarle las llaves: entran entonces nuestras columnas, la caballería de Colbert á galope y la infantería de Conroux á paso de carga; llegan de este modo hasta la ciudad antigua llevando la guarnición arrollada por delante, y